

Europa y América Latina han vivido, en el siglo XIX y parte del XX, una era menguada de laicismo sectario y anticlericalismo infantil.

Por curiosa paradoja, la crisis se manifestó particularmente aguda en países de abrumadora mayoría católica: Italia, Francia, España. Donde todavía perdura, como fenómeno anacrónico —más en las leyes que en los hechos: México y Ecuador son dos ejemplos—, resulta desconcertante la actitud piadosa del pueblo y la agresividad leguleya de los mandatarios políticos.

Todas las cosas en la historia tienen su razón de ser. Tal vez se asistía a una reacción contra un abuso de paternalismo clerical en lejanas o recientes edades.

En cambio, en nuestros días es patente un rápido declinar del laicismo sectario: un retorno a la Iglesia; una creciente simpatía por su labor social y moral; un reclamo de su colaboración valiosa para salvar la cultura occidental en contingencia.

Se exige que el cura salga de la sacristía, donde el liberalismo dieciochesco trató de confinarlo. Se restablece a las monjas en la dirección de las clínicas y hospitales. Desborda la avalancha de los alumnos hacia los colegios católicos. Las academias se honran con el nombre de clérigos de reconocida celebridad científica o literaria. Las sesiones del Concilio o las actuaciones del Papa llenan los órganos de publicidad. A veces el propio cine recae con insistencia en temas morales y protagonistas sacerdotes. Hasta se ponen de moda las canciones de la monja Dominique o del jesuita Duval. Libros católicos alcanzan la popularidad y categoría de best seller. Mons. Fulton Sheen y otros expositores llegan en diversas naciones a monarcas de la radio y de la televisión. ¡Extraña acogida de la sotana y de los hábitos monacales!

EL LAICISMO RACIONALISTA

Desde Boccaccio a Erasmo de Rotterdam, desde el protestantismo hasta Voltaire y la Enciclopedia francesa, hay una siembra laicista que hereda el liberalismo del siglo XIX en forma de anticlericalismo pueril. Esta herencia proliferó desventuradamente en la apostasía de las masas proletarias.

Capitalistas liberales y proletarios marxistas llegaron a sentir unánimemente una aversión instintiva contra la sotana en el siglo XIX. Los unos, porque era dura la doctrina cristiana de la justicia social; los otros, porque se les hizo creer que la Iglesia era aliada de los capitalistas, y la religión, un opio del pueblo.

En el siglo XIX llegaron a ser axiomas: **la separación de la moral y la economía; de la política y la moral;** y los lemas: **los curas, a la sacristía; la religión es una cuestión de la intimidad personal, ajena a la vida pública.**

Ignoraba tal vez el intelectual del siglo XIX —como escribió el socialista Jaurés en célebre carta a su hijo— que toda la cultura occidental estaba saturada de cristianismo. Que era imposible entenderla sin conocer el Catecismo y la Biblia. Que los propios lemas de la Revolución Francesa —Libertad, Igualdad y Fraternidad— no eran sino reclamaciones, tal vez desorbitadas en la forma, de claros postulados cristianos. No se le dijo al obrero que la Iglesia era la defensora secular de los pobres y la celadora de la dignidad humana. El propio comunismo marxista, como lo había de expresar

sabiamente el filósofo Nicolás Berdiaev, no pasa de ser **una herejía cristiana**, pues en contraposición del comunismo de Esparta y Creta, se basa en el principio de la igualdad de todos los hombres, uno de los tesoros revolucionarios de la doctrina de Cristo.

EL LAICISMO DIECIOCHESCO... UNA ETAPA SUPERADA

Nada violento es durable, dicen los filósofos. La historia, más o menos tarde, impone la verdad.

Historiadores de la Alemania protestante: Ranke, Momsen y Burchhardt iniciaron la reacción en favor del prestigio de los Papas y su valiosa contribución a la cultura universal y particularmente al Renacimiento; ese prestigio quedó definitivamente consolidado con la monumental **Historia de los Papas** de Ludovico von Pastor. Por su peso han caído las fabulosas calumnias contra los jesuitas. El mundo sabe que las Universidades europeas, la Beneficencia Pública, las campañas contra la usura, el respeto de los aborígenes de las colonias son méritos casi exclusivos de la Iglesia. El sectarismo enciclopédista y la frivolidad volteriana han perdido su actualidad.

Dios escribe recto con líneas torcidas. Los sectarios anticatólicos que amortizaron en el siglo XIX los bienes eclesiásticos y despojaron al Papa de los Estados Pontificios ignoraban que hacían un bien decisivo al Catolicismo.

Agil y libre surgió de la persecución la Iglesia del siglo XX. Geniales Pontífices: León XIII, San Pío X, Pío XI y Pío XII, el arrebatador anciano Juan XXIII y el intelectual y eficaz Paulo VI pueden actuar sin el lastre de la administración temporal desde el minúsculo y funcional Estado Vaticano.

Impresiona ver a la Francia de Voltaire, de Robespierre y de Combes subvencionar oficialmente las escuelas parroquiales. La flor de la intelectualidad francesa se precia de su catolicismo. "Los intelectuales que pagaron a Francia, nos decía un joven escritor francés, recristianizarán a Francia."

Los judíos muestran su agradecimiento oficial al Papa Pío XII. Los masones de muchas naciones piden la reconsideración de una excomunión que creen anacrónica en nuestros días, por muy justa que hubiera sido en los pasados.

A la cabeza de las grandes naciones hacen gala de catolicismo militante hombres de la talla de Adenauer, De Gasperi, Schumann, Kennedy y De Gaulle. Los tres primeros fueron los creadores del Mercado Común Europeo y decisivos factores en el milagro económico de varias naciones.

Los científicos no se recatan de rendir pleitesía al genio del discutido paleontólogo jesuita Teilhard de Chardin. Los académicos de Ciencias de París arrojan, en una encuesta reciente, casi una unanimidad de celebridades científicas creyentes.

El respeto a la religión y a la Iglesia es un signo de nuestros días.

El genial Pontífice Juan XXIII ha transformado ese respeto en simpatía contagiosa y en un anhelo esperanzador de la unión de todos los creyentes y aun de todos los hombres de buena voluntad.

UN COROLARIO

Venezuela no es una excepción. Hemos visto en una campaña presidencial discutirse el calificativo de católico a siete candidatos presidenciales. Profesores y académicos, científicos y literatos se precian de su fe católica. Nadie negará un contraste de estas actitudes con la de nuestros profesionales de hace apenas treinta años, cuando la Universidad era unánimemente racionalista o determinista; los educadores de la presente generación se preciaban de librepensadores y ateos.

Por eso, en la actualidad, la pose **científica** de ciertos profesores universitarios —que apenas pueden pertenecer hoy sino a la secta marxista, la más dogmática e intransigente que ha conocido la historia— y las recientes declaraciones de un altísimo parlamentario sobre la educación religiosa son voces disonantes... ecos tardíos de un sectarismo **de chivera...** que felizmente pasó de moda.

El laicismo sectario fue un fenómeno que toma forma en el siglo XVIII; fue historia en el siglo XIX y es anacronismo en el siglo XX.

M. A. E.